



Miguel Zugasti

**La hostilidad del otro:
indios y conquistadores frente a frente en «La Florida del Inca»**

1. La Florida del Inca: objetivos y resultados

Desde el propio título, el Inca Garcilaso precisa que su objetivo es historiar la conquista española de La Florida emprendida por el adelantado Hernando de Soto¹, la cual irá aderezada con los hechos «de otros heroicos caballeros españoles e indios». El binomio «españoles e indios» ya nos pone sobre aviso ante el significativo detalle de que el cronista se preocupará de los dos bandos, los conquistadores y los por conquistar, los extranjeros y los aborígenes, buscando la «honra y fama de la nación española [...] y no menos de los indios que [...] parecieren dignos del mismo honor» (Proemio al lector), porque «la verdad de la historia nos obliga a que digamos las hazañas, así hechas por los indios como las que hicieron los españoles, y que no hagamos agravio a los unos por los otros, dejando de decir las valentías de la una nación por contar solamente las de la otra, sino que se digan todas como acaecieron en su tiempo y lugar» (IV, 15)².

Estas precisiones no eran baladís, antes al contrario el Inca Garcilaso se cura en salud ante dos posibles objeciones. La primera tiene que ver con la dignificación del indio como enemigo aguerrido y valiente, acreedor a que su cerrada defensa de vidas y tierras pase a los anales de la historia

y no caiga en el olvido, como hasta la fecha estaba ocurriendo³: «En otras historias de las Indias Occidentales no se hallan cosas hechas ni dichas por los indios como aquí las escribimos, porque comúnmente son tenidos por gente simple, sin razón ni entendimiento, y que en paz y en guerra se han poco más que bestias, y que conforme a esto no pudieron hacer ni decir cosas dignas de memoria y encarecimiento» (IIa, 27). Ante esta concepción minusvaloradora del indio, muy extendida en la España del Siglo de Oro, se responde que «es incierta y en todo contraria a la que se debe tener» (IIa, 27), aduciendo a su favor el testimonio del padre Acosta y su *Historia natural y moral del Nuevo Orbe* (libro VI, cap. 1). No cita nunca *La Araucana* (que conocía bien, pues se refiere a ella en sus *Comentarios reales*), pero ve al indio desde similar perspectiva que Ercilla, ponderando su particular concepción del honor y valentía exhibidos en la guerra, lo cual los convierte en dignos rivales de los españoles (recuérdese la famosa frase de Ventura García Calderón, quien tilda *La Florida* de «una *Araucana* en prosa»). Así, al estimar al indio como un aguerrido enemigo que se resiste con admirable tenacidad a ser doblegado por el poderoso ejército castellano (y tal fue su resistencia que acabó por vencerlo), de rebote se está perfilando con tintes épicos todo el proceso de la conquista floridana, pues no hay duda de que ésta será más importante y recordada cuanto mayor oposición ofrezca el enemigo a batir; en el fondo se estaba justificando el que a la altura de 1605, cuando se publica *La Florida del Inca*, la conquista siguiera inconclusa. La segunda objeción sería que como él también es indio tiende a favorecer a sus iguales⁴, lo cual refuta así: «Pues decir que escribo encarecidamente por loar la nación porque soy indio, cierto es engaño, porque con mucha vergüenza mía confieso la verdad: que antes me hallo con falta de palabras necesarias para contar y poner en su punto las verdades que en la historia se me ofrecen, que con abundancia de ellas para encarecer las que no pasaron» (IIa, 27).

Expuestos estos objetivos, hay que decir que el Inca nunca pisó *La Florida* y que construye su relato a partir del testimonio de un testigo de vista, soldado participante en la campaña, a quien fatigó con «muchas preguntas y repreguntas» (Proemio al lector) conforme redactaba el texto. A Riva Agüero debemos la sutil deducción de que el nombre del informante es Gonzalo Silvestre, quien tras el fracaso de *La Florida* pasó al Perú, donde le conoció el Inca; pero su principal contacto lo mantuvieron después, cuando ambos residían en España, primero en Madrid (h. 1561-1563) y luego en Posadas (aquí se retiró Silvestre, que falleció en 1592), adonde se desplazaba nuestro mestizo desde la cercana Montilla en demanda de datos para su crónica⁵. Hay otras dos fuentes manuscritas -hoy perdidas- que también coteja el autor, las *Peregrinaciones de Alonso de Carmona* y la *Relación de Juan de Coles*, participantes ambos en la expedición floridana. Habida cuenta de estas intermediaciones, la crítica positivista optó por desautorizar el valor historiográfico del libro e incidir en el predominio de lo literario o poético sobre lo histórico o verídico (Ticknor, Tschundi, Menéndez Pelayo, Levillier), cuando no hablar sin tapujos de pura novela (Bancroft).

Pero la historiografía avanza a buen ritmo y hoy disponemos de otras fuentes paralelas emanadas por nuevos supervivientes de la campaña de *La*

Florida:

- La primera y más decisiva es la *Relação verdadeira* de un anónimo «fidalgo» del lugar de Elvas, cuyo original se publicó en portugués (Évora, Andrés de Burgos, 1557); hay traducción al castellano de Muñoz de San Pedro (Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral, 1952, con varias reediciones).
- El factor Luis Hernández de Biedma remitió también su particular *Relación* al Consejo de Indias en 1544, texto que ha sido editado varias veces.
- Del testimonio vivo de Rodrigo Ranjel se sirvió Gonzalo Fernández de Oviedo en su monumental *Historia general y natural de las Indias*: ver en concreto el libro XVII, caps. 21-28.
- Un último hito a señalar es la *Historia general* de Antonio de Herrera, quien se ocupa de la entrada de Soto en La Florida a partir de la «Década sexta», publicada en 1615. Es el texto menos útil de todos, no ya sólo porque es posterior a *La Florida del Inca* (1605), sino porque le sigue de cerca en no pocos pasajes.

José Durand ha cotejado las noticias por ellos ofrecidas con las de Garcilaso y, dadas sus coincidencias en lo mayor, insiste tanto en la buena memoria de Gonzalo Silvestre como en su básica veracidad: «El valor histórico de la Florida, con su fecha probable, con su Silvestre memorioso, con las otras relaciones de testigo en que se funda, es una fuente importante, la cual, como todas, requiere examen crítico» (Durand 1966: 51). Sin menoscabo alguno de su verismo esencial (defendido por Riva Agüero, Varner y otros), la crítica más reciente habla de un «equilibrio» entre poesía e historia (Miró Quesada 1955: 90 y 108) y de unas «estrategias discursivas» (De Mora 1994: 232-236) que tienden a armonizar sabiamente los dos polos, obteniendo como resultado un texto singular y único que le sirvió al Inca como banco de pruebas a la hora de perfilar el molde de ese otro macro empeño histórico que son sus *Comentarios reales*⁶. Nosotros, en el presente estudio, abordaremos el tema del choque cultural y bélico que supuso la incursión de Hernando de Soto en tierras floridananas. El texto del Inca será, pues, nuestra guía inexcusable, punto de salida y llegada, si bien siempre que nos ha parecido oportuno hemos cruzado sus datos con los aportados por los otros testigos vivenciales de la conquista de que nos ha quedado memoria, en aras de autorizar lo más posible la voz de ese narrador que tantas molestias se tomó a la hora de documentarse sobre los hechos acaecidos en la lejana e indómita Florida.

2. Hacia La Florida: dos mundos en conflicto

Como todo historiador que se precie de serlo, el Inca dedica los capítulos iniciales de su relato a tratar del origen de La Florida, repasando de modo fugaz -y con algunas inexactitudes- las incursiones españolas previas a la de Hernando de Soto. Se habla de la primera entrada de Ponce de León el 27 de marzo de 1513, que cayó en domingo de Resurrección o de Pascua

Florida, de donde deriva el nombre asignado al nuevo territorio entrevistado; el mismo Ponce de León promovió una segunda marcha en 1521, y ya se dice que los indios pelearon contra él «valerosamente, hasta que le desbarataron y mataron casi todos los españoles que con él habían ido, que no escaparon más de siete» (I, 2). Aunque sin citarlo de modo expreso, Garcilaso narra el viaje de Francisco Gordillo (1520) y su arribo a la desembocadura del río Jordán (hoy Santee, en Carolina del Sur), donde se aprovechó de la confianza e ingenuidad de los nativos⁷ para secuestrar a un grupo de unos ciento treinta y llevarlos a Santo Domingo para que trabajaran en las minas. Parte de estos indios perecieron ahogados en la travesía y los que no corrieron esa suerte «se dejaron morir todos de tristeza y hambre, que no quisieron comer de coraje del engaño que debajo de amistad se les había hecho» (I, 2). Parece que el oidor Vázquez de Ayllón desaprobó tal actitud y planeó una nueva expedición con más garantías sobre las vidas de los indios y con presencia de varios misioneros (1526)⁸; al decir del Inca, los españoles llegaron al mismo punto de la costa, a la altura del río Jordán, donde fueron recibidos de nuevo «con mucha fiesta y aplauso», consiguiendo que se confiaran y quedasen a merced de los aborígenes, quienes una noche los mataron a casi todos y forzaron a los supervivientes «a que rotos y desbaratados se embarcasen y volviesen a Santo Domingo, dejando vengados los indios de la jornada pasada» (I, 3). La siguiente incursión en La Florida fue la de Pánfilo de Narváez en 1527, corriendo parejo destino desastroso con la muerte de la mayoría de los conquistadores, excepto un esclavo negro y tres españoles que lograron sobrevivir y pasar a México, siendo uno de ellos Alvar Núñez Cabeza de Vaca, autor de los Naufragios⁹.

Expuestos estos antecedentes, lo que resta del libro primero lo dedica el Inca Garcilaso a narrar los preparativos de la magna expedición de Hernando de Soto, formada por trescientos cincuenta caballos y unos mil hombres («toda gente lucida, apercebida de armas y arreos de sus personas y caballos», I, 15), la cual zarpó de La Habana con rumbo a La Florida el 12 de mayo de 1539¹⁰. Estos son los datos gruesos, pero a lo largo de la crónica se van desgranando detalles que configuran mejor la variada composición de este gran ejército: por ejemplo no todos los conquistadores eran españoles, sino que había también bastantes portugueses¹¹. Si bien el grueso de los aventureros eran guerreros que se alistaron de modo voluntario, no faltaron algunos esclavos que fueron requeridos para el servicio; estos esclavos fueron en su gran mayoría de raza negra, pero también hubo algún «morisco de Berbería»¹². Casi todos los integrantes eran jóvenes, y sólo uno peinaba canas, un tal Juan Mateos de Almendral. Junto a los guerreros había misioneros y hombres de iglesia; la memoria de Gonzalo Silvestre no alcanzó a recordar todos sus nombres, pero posteriores investigaciones arrojan este listado: «Iban en la armada los clérigos Rodrigo de Gallegos, Diego de Bañuelos, Francisco del Pozo y Dionisio de París; los frailes fray Juan de Gallegos, fray Luis de Soto, fray Juan de Torres y fray Rodrigo de la Rocha» (Muñoz de San Pedro 1965: 19). Tampoco hubo sólo hombres, pues el soldado Hernán Bautista fue con su mujer, Francisca de Hinestrosa, que murió en la batalla de Chicaza cuando le faltaban pocos días para dar a luz (III, 37)¹³.

En el ejército había una división clara entre caballería e infantería: los

primeros eran los más poderosos, pues además de sus personas aportaban armas y caballos; la mayoría de ellos eran hidalgos, pero hubo nobles de más alta alcurnia sobre quienes recayeron los mandos principales; la infantería estaba formada por villanos y gente de baja extracción social que, como los nobles, soñaba con enriquecerse pronto y volver a España habiendo mejorado su estado. Los expedicionarios, aparte de los caballos y perros utilizados en las batallas (de los que luego se hablará con más detalle), llevaban también algunos cerdos con la intención de criarlos cuando surgiera un buen emplazamiento: junto al Inca, los textos de Fidalgo de Elvas, Hernández de Biedma y Oviedo-Ranjel son unánimes a la hora de mencionar este detalle y cómo les libraron de alguna hambruna en más de una ocasión.

Si esta fue, a grandes rasgos, la composición inicial de la fuerza española, hay que precisar que nada más pisar tierras de La Florida empezaron los inevitables cambios: de un lado porque tanto personas como animales iban muriendo en las hostilidades con los nativos, y de otro porque a menudo se hacían prisioneros entre los indios para utilizarlos como guías, intérpretes («lenguas») o simples criados. Es de notar que el Inca no emplea la palabra «esclavo» para referirse a los indios cautivos, cosa que sí hacen, por ejemplo, Fidalgo de Elvas y Oviedo-Ranjel¹⁴; asimismo, Garcilaso de la Vega menciona muy de soslayo las cadenas con que los españoles tenían sujetos a los prisioneros (IIa, 29; IIb, 5), detalle que el fidalgo portugués reitera a menudo y con mayor crudeza: «Estos indios los llevaban en cadenas, con collares al pescuezo, y servían para llevar el hato y moler el maíz y para otros servicios que así presos podían hacer»¹⁵. Aun así, no todos los aborígenes reclutados viajaban en calidad de prisioneros, pues hubo cierto muchacho que pudiendo volver con los suyos optó por seguir con los españoles (Vb, 2), sin duda porque en su tribu le esperaba una muerte casi segura¹⁶. En relación con esto diremos que al final de la expedición, cuando los españoles deciden abandonar La Florida navegando aguas abajo del Mississippi, el Inca afirma que se ofreció la libertad a todos los indios domésticos que quedaban vivos, unos 25 ó 30, pero que éstos prefirieron seguir con sus amos: «Embarcaron consigo hasta veinte y cinco o treinta indios e indias que de lejas tierras habían traído en su servicio [...], porque no quisieron quedar con Guachoya ni Anilco por el amor que a sus amos tenían, y decían que querían más morir con ellos que vivir en tierras ajenas» (VI, 1)¹⁷.

A su vez, entre estos nativos adscritos a los españoles había hombres y mujeres; a estas últimas se les asignaba las tareas del servicio, y aunque el Inca apenas dice nada sobre contactos sexuales entre las razas (en este tema son mucho más explícitos el Hidalgo de Elvas y Oviedo-Ranjel), es seguro que los hubo¹⁸, dándose el caso singular de que un español -desesperado tras haberlo perdido todo en el juego- se separó de los suyos para quedarse con una mujer india de la que se había enamorado (Va, 1-2)¹⁹. En otro momento, estando en la zona de Ychiaha, se relata cómo los nativos obsequiaron a dos exploradores españoles con dos de sus mujeres, con este resultado:

Los habían recibido con mucho amor y regocijo y les habían hecho mucha fiesta y regalo, tanto que cada noche, después de haberles banquetado, les enviaban dos mozas hermosas que durmiesen con ellos

y los entretuviesen la noche, mas que ellos no osaban tocarles temiendo no les flechasen otro día los indios, porque sospechaban que se las enviaban para tener ocasión de los matar si llegasen a ellas. Esto temían los españoles, y quizá sus huéspedes lo hacían para regalarlos demasadamente viendo que eran mozos, porque si quisieran matarlos no tenían necesidad de buscar achaques.

(III, 21)

Sin duda, entre los indios floridanos también había castas o clases, y desde luego estas dos muchachas ofrecidas no serían de las principales²⁰, como sí parecen serlo otras dos mujeres del cacique Capaha que habían sido raptadas por una tribu enemiga, los casquines. Cuando Hernando de Soto pacifica ambas tribus, los de Casquín devuelven a Capaha sus dos mujeres, y éste se las regala de inmediato al gobernador español, que no las acepta; entonces

el curaca replicó diciendo que si no las quería para su servicio las diese de su mano al capitán o soldado a quien de ellas quisiese hacer merced, porque no habían de volver a su casa ni quedar en su tierra. Entendióse que Capaha las aborreciese y echase de sí por sospecha que tuviese de que, habiendo estado presas en poder de sus enemigos, sería imposible que dejasen de estar contaminadas²¹.

(IV, 10)

Para acabar con esto diremos que en La Florida, igual que en todas las conquistas y guerras de ayer y hoy, las mujeres, niños y ancianos siempre llevaban la peor parte. Eran presa fácil en los asaltos, de modo que unas veces morían y otras pasaban al cautiverio; hay alguna excepción como lo acontecido en el poblado de Chisca, donde irrumpieron los españoles por sorpresa y «prendieron muchos indios e indias de todas edades» (IV, 3), pero luego se optó por tratar la paz con el cacique y liberar a los prisioneros (IV, 4)²². No faltaron tampoco ocasiones señaladas en que las mujeres indias pelearon «con la misma ferocidad que los varones», según se refiere en III, 28 y IV, 1223. Es de reseñar también que entre los floridanos había tribus con cacicas al mando; destaca el caso de la cacica de Cofachiqui, que trató muy de cerca con los españoles. Orillando al Inca por un instante, en el relato de Oviedo-Ranjel se menciona que una mujer india hizo de guía hacia el camino de Cofachiqui (Historia general, p. 167), y lo mismo narra Fidalgo de Elvas en el tramo final de su Expedición, p. 136. Sobre la belleza de las mujeres indias se hace algún inciso en III, 25, y Garcilaso destaca cómo los españoles condujeron a México una cautiva tomada en la tribu de los Mauvila, «que era muy hermosa y muy gentil mujer, que podía competir en hermosura con la más gentil de España».

3. Primeros contactos: el requerimiento de paz

Es obvio que el mero desembarco de un ejército como el descrito en unas tierras pobladas por indios supone ya de por sí una notable alteración en el orden de las cosas y en la rutina diaria de los aborígenes. Los primeros contactos son difíciles y traumáticos, con grandes dosis de asombro, temor y cautela por ambas partes. Aun así, no ha de pensarse que los españoles entraron en La Florida a sangre y fuego arrasándolo todo, antes bien su táctica de aproximación apuntaba hacia un primer encuentro pacífico y amistoso con las tribus allí presentes. Tras la llegada de Colón a América, las dos primeras décadas se rigieron por la agresión directa contra los indios, que eran esclavizados o secuestrados para traerlos luego a España y exhibirlos como rarezas. Puede decirse que las cosas -al menos en el plano teórico- empezaron a cambiar a partir de 1513, con la incursión de Pedrarias Dávila al Darién, cuando ya regía la obligación de hacer a los nativos el requerimiento que había redactado el famoso jurista Juan López de Palacios Rubios en su obra *De las islas del mar Océano*. Así que Hernando de Soto, a la altura de 1639, sabía bien que su obligación inicial era ofrecer a los indios el requerimiento de paz y conversión al cristianismo. Desde luego que todo esto no garantizaba la ausencia de arbitrariedades y atropellos, y servía más que nada para lavar la conciencia de los conquistadores, pues en verdad los nativos no podían entender cabalmente lo que se les transmitía; aun así, nuestro autor deja clara la intención del adelantado Soto de anteponer a su entrada en una nueva provincia este requerimiento:

El adelantado tenía por costumbre, siempre que había de salir de una provincia e ir a otra, enviar delante mensajeros que avisasen al cacique de su ida. Esto hacía, lo uno por requerirles con la paz y asegurarlos de temor que de ver gente extraña en su tierra podían tener, y lo otro por descubrir en la respuesta que los indios le daban el ánimo bueno o malo que les quedaba.

(III, 3)

En cierta ocasión, cuando los españoles llegaron a la provincia de Cofachiqui, vino una embajada de seis indios principales donde lo primero que inquirieron fue si venían en son de paz o de guerra: «Y, porque sea de regla general, es de saber que en todas las provincias que el gobernador descubrió, siempre, al entrar en ellas, le hacían esta pregunta a las primeras palabras que le hablaban. El general respondió que quería paz y no guerra y les pedía solamente paso y bastimento para pasar adelante» (III, 10). Esto es, se proponía la paz pero a la vez se exigía el derecho de paso y la manutención del ejército: «El bastimento principal que los castellanos procuraban donde quiera que se hallaban era el maíz, el cual,

en todas las Indias del Nuevo Mundo, es lo que en España el trigo. Con el maíz proveyeron los indios mucha fruta seca [...], como son ciruelas pasadas y pasas de uvas, nueces de dos o tres suertes y bellota de encina y roble» (III, 4). En III, 36 se narra la llegada de los españoles al pueblo de Chicaza, donde no faltaron las mutuas ofertas de paz e intercambio de presentes²⁴, pero todo ello solo fue el prólogo de una de las más cruentas batallas que se dieron en La Florida.

4. Hostilidades y amistades

Ni que decir tiene que entre los indios floridanos de muy distintas tribus corrió como reguero de pólvora la noticia de la llegada de los españoles, surgiendo reacciones contrarias entre unos y otros. Sin alejarnos todavía de la costa donde había desembarcado el ejército, la primera provincia en la que se adentran es la del cacique Hirrihigua, el cual guardaba memoria de las luchas y castigos habidos con Pánfilo de Narváez diez o doce años atrás y se opone a que se invada de nuevo su tierra. Surgen las inevitables hostilidades o escaramuzas entre castellanos e indios, hasta que Hirrihigua, consciente de su inferioridad: «se fue a los montes desamparando su casa y pueblo» (IIa, 1). El Inca Garcilaso es muy incisivo con este personaje y dedica varias páginas a narrar los tormentos que infringió a cuatro españoles capturados en la época de Pánfilo de Narváez, matando a tres de ellos y teniendo al cuarto -llamado Juan Ortiz- como esclavo, hasta que pudo huir.

En contraste con estos inicios, el segundo territorio al que se llega es el regido por el cacique Mucozo, que se muestra amigo de los conquistadores y les pide «que en su tierra no se le hiciese daño» (IIa, 7). De nuevo el Inca se explaya hablando de este cacique, pero en sentido positivo, pues fue él quien acogió a Juan Ortiz cuando huyó de su esclavitud y lo mantuvo libre en su pueblo durante casi ocho años, hasta que lo devolvió a los españoles venidos con Hernando de Soto. La actitud de estos dos caciques, tan diferente la una de la otra, resume bastante bien el panorama que se iban a encontrar los conquistadores en su avance por La Florida. Es cierto que en algunas provincias fueron bien acogidos por los indios (Mucozo, Cofaqui, Anilco...), intimidados seguramente por la superioridad militar exhibida por los españoles, pero en muchos otros casos los aborígenes optaron por desamparar sus pueblos y dispersarse, alertados ante la cercanía de las fuerzas hispanas:

Fueron del pueblo de Mucozo al de su cuñado Urribarracuxi [...].
Halláronlo desamparado, que el cacique y todos sus vasallos se
habían ido al monte.

(IIa, 10)

Esta provincia tan fértil [...] se llamaba Acuera, y el señor de

ella había el mismo nombre. El cual, sabiendo la ida de los castellanos a su tierra, se fue al monte con toda su gente.

(IIa, 15)

Al cabo de ellas estaba el pueblo principal, llamado Ocali, como la misma provincia y el cacique de ella, el cual con todos los suyos, llevándose lo que tenían en sus casas, se fueron al monte.

(IIa, 17)

Los indios desampararon el pueblo y se fueron al monte. Los españoles tomaron la comida que hubieron menester²⁵.

(IIb, 19)

Léase, en oposición a esto, lo acontecido al llegar a otras poblaciones: «Vino el hermano de Ochile acompañado de mucha gente noble, muy lucida. Besó las manos del gobernador, habló con mucha familiaridad a los demás capitanes, ministros y caballeros particulares del ejército, preguntando quién era cada uno de ellos» (IIa, 20); otra vez, en la provincia de Cofaqui, su cacique «salió a recibirle fuera del pueblo, acompañado de muchos hombres nobles hermosamente arreados de arcos y flechas y grandes plumas, con ricas mantas de martas y otras diversas pellejinas tan bien aderezadas como en lo mejor de Alemania» (III, 4).

Entre estos dos extremos se abre un extenso abanico de posibilidades, desde lo que el Inca llama el «trato doble» (amistad fingida) hasta la beligerancia total y absoluta, la cual solía concluir en encarnizada batalla. Una mezcla de ambas cosas es lo que ocurrió con el cacique Vitachuco, que desde el inicio mostró estar muy ofendido por la llegada de los españoles a su región y profirió graves amenazas contra ellos: «Esos cristianos no pueden ser mejores que los pasados, que tantas crueldades hicieron en esta tierra, pues son de una misma nación y ley [...], pues andan de tierra en tierra matando, robando y saqueando cuanto hallan, tomando mujeres e hijas ajenas, sin traer de las suyas» (IIa, 21). No obstante, poco después este jefe indio accedió a presentarse ante Hernando de Soto: «y con mucha humildad y veneración le dijo suplicaba a su señoría tuviese por bien hacer una gran merced y favor a él y a todos sus vasallos de salir al campo, donde le esperaban, para que los viese puestos en escuadrón en forma de batalla, para que favorecidos con su vista y presencia todos quedasen obligados a servirle con mayor ánimo» (IIa, 23). Todo es un juego táctico donde los dos jefes antagonistas, so capa de amistad y buenas palabras, exhiben sus respectivos ejércitos como teóricos aliados; pero tanto Soto como Vitachuco desconfían entre sí y su intención secreta es pillar al otro por sorpresa. Será el español quien dé el primer golpe y rompa contra los indios, produciéndose la primera gran matanza de

La Florida, en las cercanías de una laguna.

El ejército español, peleando en campo abierto, se muestra invencible y junto a los muchos nativos muertos hubo bastantes prisioneros. Entre estos últimos quedó el cacique Vitachuco, cuyo orgullo herido le insta a tratar de sorprender de nuevo, dando la orden de que a cierta señal suya todos los indios ataquen al unísono, pero acometiendo cada uno a un español diferente, imaginando así una fácil victoria. La estratagema no surtió efecto, pero esta vez los conquistadores «los mataron a todos sin dejar alguno a vida, que fue gran lástima» (IIa, 29), con el resultado de mil trescientos muertos por el lado indio y cuatro por el castellano.

5. Animales y armas de conquista

La desproporción de bajas en este primer gran choque entre indios y conquistadores da una idea de la desigualdad con que se luchaba en La Florida. La diferencia no radica, como a veces se ha dicho, en que unos soldados profesionales se enfrentaban a unos indios pacíficos sorprendidos en su idílico terruño. No se trata de eso, pues el conocimiento del arte de la guerra era compartido por ambos lados: los europeos por su oficio de conquistadores y los nativos porque su supervivencia siempre había dependido de las luchas intestinas con tribus comarcanas²⁶. Todos eran guerreros avezados, y por lo que a su número respecta los indios superaban con mucho a los occidentales allí desplazados. Lo que desequilibraba las batallas era la composición de los ejércitos, el orden mantenido en el combate y los animales y armas utilizados²⁷.

5.1. Los animales

El caballo jugó un papel determinante en todo el proceso de la conquista americana, y por supuesto La Florida no fue una excepción. Mientras que los indios sólo disponían de infantería, por así decirlo, los españoles contaban con infantería y caballería²⁸. La infantería era necesaria, por supuesto, pero era más vulnerable a las flechas indias y hubiera sido arrollada muchas veces de no haber contado con la cobertura y movilidad de la caballería. En un pasaje concreto del texto se lee que los caballeros, «por ser gente más bien armada que la infantería, recibía siempre menos daño de las flechas» (IIb, 1). No olvidemos que en aquel entonces el caballo era animal desconocido en América, y su mera presencia amedrentaba a los nativos²⁹:

Se volvieron al monte y a la ciénaga por no ser ofendidos de los caballos, que no se sufría burlar con ellos en campo raso.

(IIa, 15)

Los indios, viendo caballos en tierra limpia de monte, desampararon el puesto.

(IIa, 30)

Salieron a un campo raso donde los indios, de temor de los caballos, no osaron ofender a los españoles, ni aun esperarles.

(IIb, 20)

Caminaron con menos pesadumbre por los llanos donde no había malezas, porque los indios, doquier no las había, se apartaban de los cristianos de miedo de los caballos.

(IIb, 21)

Entre los españoles, la pérdida de un caballo era tan llorada o más que la de un compañero; así, en cierta ocasión, cruzando un río «se ahogaron cuatro caballos, que por ser tan necesarios y de tanta importancia para la gente, lo sintieron nuestros españoles más que si fueran muertes de hermanos» (III, 11)³⁰. Los aborígenes fueron pronto conscientes de este factor y trataron de contrarrestarlo de dos maneras: 1) flechando a los caballos antes incluso que a los hombres; 2) rehuyendo la lucha a campo abierto donde el equino se mueve sin impedimentos y buscando las ciénagas o las zonas con abundante vegetación.

Respecto a lo primero, nótese cómo en la batalla contra Vitachuco, acometiendo a los indios en primer lugar el adelantado Hernando de Soto, ellos optaron por disparar al caballo y no al jinete, aunque sabían bien que era el jefe enemigo: «de muchas flechas que le tiraron, le acertaron con ocho, y todas dieron en el caballo, que [...] siempre estos indios procuraban matar primero los caballos que los caballeros, por la ventaja que con ellos les hacían» (IIa, 24). Y en otro pasaje se abunda en la misma idea: «Holgaban más de matar un caballo que cuatro cristianos, y así con todo cuidado y diligencia tiraban antes al caballo que al caballero» (IIb, 24)³¹. El autor pondera muchas veces la certera puntería de los indios, capaces de matar de un solo flechazo al animal atravesándole el corazón. Eso fue lo que ocurrió por ejemplo con el caballo de Gonzalo Silvestre, que se había distinguido por bueno entre los mejores (IIb, 18), o con el de Álvaro Fernández (IIb, 21). En la región de Apalache se cuenta cómo un solo indio fue capaz de matar con dos tiros consecutivos los caballos de Diego de Soto y Diego Velázquez (IIb, 24). En otro pasaje se habla de que tras una refriega hallaron un caballo que

traía en una pospierna una gota de sangre, y lo llevaron a un albéitar que lo curase, el cual, habiendo visto que la herida no era mayor que la de una lanceta, dijo que no había allí qué curar; el

día siguiente amaneció el caballo muerto. Los castellanos, sospechando hubiese sido herida de flecha, lo abrieron por la herida y siguiendo la señal de ella por el largo del cuerpo, hallaron una flecha que habiendo pasado todo el muslo y las tripas y asadura, estaba metida en lo hueco del pecho [...]. Los españoles quedaron admirados, pareciéndoles que una pelota de arcabuz no pudiera pasar tanto.

(IIb, 25)

Respecto a lo segundo, recuérdese la batería de citas expuestas un poco más arriba, donde se repite con insistencia que los indios aprendieron a evitar el choque directo en campo raso y buscaban el amparo de las zonas pantanosas o la protección de algún árbol o bosquecillo donde hacerse fuertes bajo su espesura. Así, en una emboscada que los floridanos tendieron a los cristianos cuando cruzaban una ciénaga, éstos sufrieron notables bajas y apenas pudieron defenderse: «porque era la pelea en el agua, donde los caballos no podían servir con su ligereza para socorrer a los amigos y ofender a los enemigos» (IIb, 19)³². En otra ocasión se narra el caso de un indio que, cobijado debajo de un nogal, él solo hizo frente a varios caballeros, quienes optaron por no acometerle y seguir su camino, a fin de evitar que les «hiriese algún caballo, que era lo que más temían» (IIb, 9). Otra vez, un jefe indio se posicionó debajo de un gran árbol, y como era difícil vencerlo desde los caballos, el español Gonzalo Silvestre requirió la ayuda de Antonio Galván y de su ballesta para doblegarlo con un certero disparo (IIb, 19)³³; observamos aquí, pues, cómo los equinos servían de poco en terreno arbolado y cómo a veces los españoles necesitaban aunar fuerzas y variar estrategias para vencer a los nativos. Dicho esto, a nadie extrañará que los conquistadores extremaran el cuidado de sus cabalgaduras, pues en buena medida su éxito descubridor dependía de ellas: «El cuidado principal que estos españoles tenían era que no les faltase maíz para los caballos, y también porque era mantenimiento para los caballeros» (IIb, 13). Fidalgo de Elvas concuerda con el Inca, y dice del maíz que «es el mejor pienso que se ha visto» (Expedición, p. 113). Así que, por paradojas del destino, el maíz hallado en Indias fue elemento indispensable en la alimentación de estos animales: «Para que los caballos puedan sufrir el demasiado trabajo que en las conquistas del Nuevo Mundo han pasado y pasan, tengo para mí, con aprobación de todos los españoles indianos que acerca de esto he oído hablar, que la principal causa sea el buen pasto del maíz que comen, porque es de mucha sustancia» (IIb, 13). Y, por contra, durante la travesía de la provincia de Cofachiqui, escasa en maíz, se incide en que los caballos quedaron «flacos y debilitados» (III, 19)³⁴.

Pero el caballo no fue el único animal que participó activamente en la conquista: hubo también perros amaestrados para atacar a los indios. A lo largo de la crónica se espigan frases de este tenor: «Le echaron un lebrel para que lo acabase de matar y se encarnizase y cebase en él» (IIb, 5); «A estos tales [indios ladinos], que fueron cuatro, luego que les sentían la

malicia, les echaban los perros y los mataban» (IIa, 13)³⁵. Bartolomé de las Casas, en su Brevísima relación de la destrucción de las Indias (p. 82) y en otros escritos suyos, ya criticaba duramente esta práctica de azuzar los lebreles contra los nativos, tema al que Teodoro de Bry consagra algún grabado en su libro América, lo cual contribuyó mucho a generar la famosa leyenda negra española. Páginas atrás referíamos el caso de la manifiesta hostilidad presentada por el cacique Hirrihigua ante los castellanos, a quienes odiaba desde los tiempos de Pánfilo de Narváez, pues «todas las veces se acordaba que a su madre habían echado a los perros y dejádola comer de ellos» (IIa, 3). De uno de estos lebreles, llamado -significativamente- Bruto, se cuentan varios hechos estremecedores, como por ejemplo que él solo estorbó la huida de cuatro indios de la provincia de Ocali derribándolos con sus fauces y teniéndolos sujetos hasta que llegaron los españoles; u otro caso donde nadó por un río hasta prender a cierto indio que había dado un golpe a un castellano y hacerlo pedazos en el agua (IIa, 18). Se narra asimismo cómo los nativos, que sin duda habían reparado en él, «lo flecharon tan diestramente que en la cabeza y en los hombros [...] le clavaron más de cincuenta flechas. Con todas ellas llegó el perro a tomar tierra, mas en saliendo del agua cayó luego muerto, de que al gobernador y a todos los suyos pesó mucho, porque era pieza rarísima y muy necesaria para la conquista» (IIa, 17). En otro momento los españoles se vengaron de un guía indio que, al parecer, los había descaminado adrede, entregándolo a los perros para que lo despedazasen³⁶, acción que repugna al Inca y que le provoca este comentario:

Esta fue la venganza que nuestros castellanos tomaron del pobre indio que les había descaminado, como si ella fuera de alguna satisfacción para el trabajo pasado o remedio para el mal presente, y después de haberla hecho vieron que no quedaban vengados, sino peor librados que antes estaban, porque totalmente les faltó quien los guiase.

(Vb, 3)

5.2. Las armas

Junto a los animales, obvia decir que las armas desempeñaron un papel decisivo. El ejército español disponía de armas ofensivas y defensivas; entre las primeras hay que citar las espadas, lanzas, picas, hachas, ballestas y arcabuces. No parece que un arma de fuego como el arcabuz resultara determinante en La Florida, pues era demasiado lenta y necesitaba pólvora, la cual se acabó tras el incendio de la batalla de Mauvila; el Inca recalca su escaso efecto, dada «la poca práctica y experiencia que nuestros arcabuceros entonces tenían» (VI, 4). La ballesta

no precisaba pólvora, pero también era de lento manejo: «Aunque los ballesteros y arcabuceros salían a resistirles, los tenían en nada, porque mientras un español tiraba un tiro y armaba para otro, tiraba un indio seis y siete flechas, tan diestros son y tan a punto las traen que apenas han soltado una cuando tienen puesta otra en el arco» (Ib, 2). A pesar de esto nunca se desdeñó el uso de la ballesta, pues resultaba útil para pelear de lejos³⁷, de modo que cuando Hernando de Soto envía a La Habana a Diego Maldonado para que torne a La Florida con bastimentos, le encarga que traiga «todas las ballestas y arcabuces, plomo y pólvora que se pudiese haber» (Ib, 23). Es elocuente ver cómo los supervivientes, al final de su aventura, deciden fabricar unas carabelas para bajar por el curso del Mississippi hasta el Golfo de México, no dudando en fundir los arcabuces y convertirlos en clavazón para sus naves³⁸. Por lo que a las armas defensivas respecta, están los acostumbrados paveses y rodela, que son diferentes tipos de escudos, así como las cotas con que los soldados protegen su cuerpo, las cuales mitigaban en parte el impacto de las flechas indias, pero no eran suficientes para neutralizar un tiro dado de cerca, que solía ser mortal. Hay que decir que los caballeros disponían de mejores cotas defensivas que los infantes, y que se usaban también para los caballos y perros, habida cuenta de que eran blancos predilectos de los indios.

Tal panorama cambia mucho entre las huestes indias, acostumbradas a luchar a cuerpo gentil y sin procurarse protección alguna: «Los indios, por falta de armas defensivas, llevaban lo peor» (Ib, 10); «A cuchilladas y a estocadas, con gran facilidad, como a gente que no llevaban armas defensivas, mataron gran número dellos [de indios]» (IV, 2). Esto no quiere decir que desconocieran absolutamente la existencia de rodela y paveses, pues se encontraron muchos de ellos almacenados en el templo de los Cofachiquis, sino que preferían pelear sin ese tipo de embarazos que a buen seguro ralentizarían sus movimientos. Disponían asimismo de hachas de guerra, lanzas, picas, porras, bastones, partesanas, hondas, dardos, montantes, etc. En cierta ocasión se describe una tiradera o bohordo, que es un «arma de una braza de largo, de un junco macizo, aunque fofo por de dentro, de que también hacen flechas» (VI, 10); más diáfana es la explicación moderna de Salas, que dice tratarse de «un simple mecanismo de palanca que prolonga y acentúa el vigor del brazo. Esquemáticamente podemos describirlo como una vara de madera, en uno de cuyos extremos hay un pequeño gancho o tope sobre el que se apoya la parte posterior del dardo, de modo que éste y el propulsor quedan paralelos [...]. El dardo, empujado por un talón posterior, recibe impulso violento al ser proyectado desde arriba del hombro hacia adelante con todo el rigor del brazo» (Salas 1958: 37-38). Siguiendo el ejemplo de Salas, reproducimos aquí el clásico grabado de una tiradera facilitado por Gonzalo Fernández de Oviedo.

Tiradera, grabado de Gonzalo Fernández de Oviedo, Historia general y natural de las Indias

Sin ningún género de dudas, las armas preferidas de los indios fueron el arco y la flecha, con su sempiterna aljaba a la espalda: «Vieron salir de un monte [...] un indio solo, y venir hacia ellos con un hermoso plumaje

en la cabeza y su arco en la mano y el carcaj de las flechas a las espaldas, que declinaba algún tanto sobre el hombro derecho, como todos ellos lo traen siempre» (Vb, 3); de los arcos se dice que «son del mismo altor del que les trae [...], de [unas] dos varas de largo y gruesos en proporción [...]. Las cuerdas de los arcos hacen de correa de venado» (I, 4). Los indios acostumbraban a untar sus arcos con un betún especial que los teñía de distintos matices, de modo que parecía estaban esmaltados o vidriados:

Los arcos eran hermosamente labrados y esmaltados de diversas colores, que se los dan con cierto betún que los ponen tan lustrosos que se pueden mirar en ellos.

(III, 17)

Llevaba un hermosísimo arco en las manos, que además de ser bueno y fuerte tenía dado un betún que estos indios de La Florida les dan del color que quieren, que parece fino esmalte y pone el arco -y cualquier otra madera- como vidriado. A las espaldas llevaba su aljaba de flechas.

(III, 11)

A veces los arcos podían adornarse extremadamente con varias «vueltas de perlas y aljófara puestas a trechos, las cuales vueltas o anillos empezaban desde la manija e iban por su orden hasta las puntas» (III, 17); y lo mismo cabe decir de las flechas, pues «también tenían a trechos anillos de aljófara, mas no de perlas» (III, 17). Con todo, las flechas comunes solían hacerse de carrizo o caña, con las puntas cortadas al sesgo y endurecidas al fuego (Vb, 5), pero había otras más especiales y elaboradas con puntas y casquillos de «cobre, como las que en nuestra España ponen a las jaras» (III, 17), de «pedernal», de «cuernas de venado», de «espinas de pescado» o de «madera de palma y de otros palos fuertes y recios que hay en aquella tierra» (III, 12)³⁹. Además, estos casquillos se labraban con gran primor y «tenían dos o tres arpones, tan perfectamente hechos en el palo como si fueran de hierro o acero» (III, 12). No escatima el Inca detalles al respecto: «También se diferenciaban los casquillos unos de otros, que unos había en forma de arpón, otros de escoplillo, otros redondos como punzón, otros con dos filos como punta de daga. Todo lo cual a los españoles que lo miraban con curiosidad causaba admiración» (III, 17). Asimismo, las flechas estaban «emplumadas en triángulo porque saliesen mejor del arco» (III, 12). Por último, los nativos solían recurrir tanto a las flechas con la punta encendida para provocar incendios (III, 36), como a las de punta envenenada con cierta hierba (IV, 12)⁴⁰. En definitiva: «Todos los indios de La Florida, principalmente los nobles, ponen toda su felicidad en la lindeza y pulicía de sus arcos y flechas» (III, 12). Los floridanos acostumbraban a guardar sus armas en grandes depósitos, de modo que siempre estuvieran prevenidos ante un ataque por sorpresa, no ya de los

españoles (cuya llegada fue del todo inesperada), sino de sus propios vecinos. Hablando de estos depósitos de armas, el Inca describe el que tenían los indios Cofachiqui, donde había picas («todas muy largas, muy bien labradas con hierros de azófar que, por ser tan encendido de color, parecían de oro», III, 16), porras, hachas, montantes, bastones, arcos, flechas, rodela y paveses.

6. Los combates

Hubo varios combates muy cruentos que marcaron la marcha de los aventureros españoles, como por ejemplo los de Vitachuco, Apalache, Mauvila, Chicaza, Alibamo, etc. El parte de bajas era considerablemente mayor por el lado aborigen que por el castellano, pero dado que las tribus indias iban sucediéndose unas a otras y la fuerza española era una sola, y cada vez más reducida por la pérdida progresiva de hombres y animales, el resultado final no pudo ser otro que la muerte de la mayor parte de los expedicionarios, con apenas trescientos supervivientes que lograron pasar a México⁴¹.

Fuera de estas batallas campales a cuya conclusión quedaba patente la inferioridad de los indios (aunque el daño se repartió con abundancia por ambos bandos), éstos empezaron a decantarse por la estrategia de las pequeñas escaramuzas o avanzadillas hostiles que provocaban un incesante goteo de bajas españolas. Los ataques sorpresa se convirtieron -desde el inicio- en una constante⁴², acompañados por la inevitable grito y vocerío que cumplía la doble función de amedrentar al enemigo y excitar los ánimos de los atacantes. A menudo estos alaridos proseguían de modo incesante por la noche, con el objeto de impedir el sueño y descanso del ejército invasor, inquietándolo «con armas y rebatos que de día y de noche le daban, sin querer presentar batalla de gente junta en escuadrón formado, sino con asechanzas, escondiéndose en las matas y montecillos por pequeños que fuesen, y donde menos se pensaba que pudiesen estar, de allí salían como salteadores a hacer el daño que podían» (IIb, 25). He aquí otros pasajes donde se insiste en esta misma secuencia:

Se levantó un alarido y vocería [...] con tanto zumbido y estruendo y retumbar de caracoles, bocinas y tamborinos y otros instrumentos rústicos, que parecía quererlos matar con la grito sola.

(IIa, 14)

Estuvieron todo aquel día los indios dando grito y alarido por inquietar con la vocería a sus enemigos, ya que no podían con las armas.

(IIb, 2)

A esta dificultad y peligro se añadió otro mayor, que fue el alarido y vocería que los indios de la una parte y la otra de el río levantaron en viendo asomar los cristianos, apellidándose unos a otros para matarlos al pasar del río.

(IIb, 9)

Pasaron la noche velando, que con gritos y alaridos no les dejaron reposar los indios [...]. En toda la noche cesaron los infieles de dar grita a los cristianos⁴³.

(IIb, 20)

De todas formas esta táctica no era exclusiva de los indios, pues los conquistadores también recurrieron a ella varias veces:

Los españoles, sintiendo los indios, entraron por el cañaveral haciendo ruido de más gente que la que iba, por asombrar por el estruendo a los que estaban dentro.

(IIa, 9)

Dio de sobresalto en el pueblo [Ochile], mandó tocar los instrumentos musicales de la guerra, que son trompetas, pífanos y atambores, para con el ruido de ellos causar mayor asombro. Prendieron muchos indios, que con la novedad del estruendo salían pavoridos de sus casas a ver qué era aquello que nunca habían oído.

(IIa, 19)

Los varios años seguidos de cruentos combates y escaramuzas supusieron un enorme desgaste en el ejército español, y es interesante observar cómo si bien al principio (1539-1540) cualquier ocasión era propicia para ranchar y acometer a los nativos, en los años postreros (1542-1543), con la moral y las fuerzas maltrechas, el interés era más bien el contrario: eludir el ataque de los indios. He aquí un par de referencias al caso:

Llegaron a [...] Guancane, cuyos naturales [...] se les mostraron enemigos [...] y desearon pelear con ellos, presentándoles la batalla muchas veces. Empero los españoles la rehusaban, porque ya entonces traían pocos caballos [...] y deseaban conservar los que quedaban.

(Va, 2)

Los castellanos caminaban con cuidado de no hacer agravio a los indios, por no los irritar a que les hiciesen guerra.

(Vb, 5)

7. Dos razones para el desastre español en La Florida

Aunque venimos notando que el Inca Garcilaso tuvo la sensibilidad de tratar a los indios de La Florida como pueblos dignos de conservar sus actos guerreros y costumbres de vida en los anales de la historia, no hay que perder la perspectiva y conviene recordar que él estaba del lado español. Está convencido de la necesidad de que esas tierras acaben cristianizándose y colonizándose según el modelo occidental, y repetidas veces hace votos porque ese día llegue pronto. En este sentido, el Inca Garcilaso participa de la mentalidad providencialista de la época que instaba a seguir descubriendo y conquistando zonas ignotas en pro de su evangelización⁴⁴, pero se distingue en que humaniza al indio salvaje; lo ve como un infiel que hay que ganar para la causa de la cristiandad, como alguien necesitado de ser reconducido, colonizado, educado según el patrón español, pero sin minusvalorar ni desdeñar sus raíces culturales. A partir de aquí, el Inca Garcilaso no osará criticar abiertamente el proceso conquistador, aunque le repugnen ciertas actitudes y comportamientos, pero un poco entre líneas sí que apunta dos razones capitales por las que, en su opinión, se fracasó en La Florida: 1) el móvil principal de toda la expedición fue el del enriquecimiento; no había espacio para el altruismo, y la sed de oro fue el acicate mayor de todos los participantes; 2) la evangelización de las nuevas tierras descubiertas quedaba relegada a una segunda fase, cuando se empezara a poblar la zona, de modo que en esta tentativa inicial el objetivo claro era conquistar y no evangelizar; en razón de estas prioridades se perdían muchas almas indias que hubieran podido salvarse, y eso dolía en lo más profundo a un mestizo como Garcilaso de la Vega.

7.1. La sed de oro

Nuestro cronista no se anda con tapujos a la hora de afirmar que «el primer intento que estos castellanos llevaban era conquistar aquella tierra y buscar oro y plata; no atendían a otra cosa que no fuese plata y oro» (IIa, 12). A veces se puede recurrir al humor para explicar mejor tal

obsesión, y es lo que el autor hace al principio, cuando los expedicionarios todavía están en La Habana. Es el caso que hallándose allí un cautivo floridano, quiso informar que en su tribu vivía un tal Juan Ortiz, español que perteneció al ejército de Pánfilo de Narváez: «y como a este mal hablar del indio se añadiese el peor entender de los buenos intérpretes que declaraban lo que él quería decir, y como todos los oyentes tuviesen por principal intento el ir a buscar oro, oyendo decir al indio Orotriz, sin buscar otras declaraciones, entendían que llanamente decía que en su tierra había mucho oro, y se holgaban y regocijaban sólo con oírlo nombrar, aunque en tan diferente significación y sentido» (IIa, 5).

De otro tenor es el detalle que narra cómo tras una penosa travesía a través de una ciénaga, cuando un grupo de treinta españoles se reencuentra con sus compatriotas que los esperaban cómodamente, nadie los interroga por su salud o por la de su jefe o algún amigo, antes bien «preguntaron casi todos a una, con gran ansia de saberlo, si había mucho oro en la tierra» (IIb, 16); de aquí surge la siguiente apostilla del Inca: «La hambre y deseo de este metal muchas veces pospone y niega los parientes y amigos». Pero no termina aquí la anécdota, pues poco después estos treinta castellanos fueron recibidos por el cacique indio Mucozo, que era amigo, y «uno por uno les preguntó cómo venían de salud y cómo quedaba el gobernador», de modo que éstos notaron bien «cuán de otra manera los había recibido y hablado este curaca que sus propios compañeros, que no habían preguntado sino por oro» (IIb, 16).

Más tarde, al cruzar la región de Apalache, los castellanos prenden a dos indios para que les guíen hacia las tierras del interior, siendo su móvil principal el de buscar oro y plata: «Preguntado [uno de los guías] por las cosas que en ellas había visto, si tenían oro o plata o piedras preciosas, que era lo que más deseaban saber [...], respondió que en una provincia [...] llamada Cofachiqui había mucho metal como el amarillo y como el blanco [...]. Demás de los metales dijo que había grandísima cantidad de perlas [...]. Con estas nuevas quedaron nuestros españoles muy contentos y regocijados, deseando verse ya en el Cofachiqui para ser señores de mucho oro y plata y perlas preciosas» (IIb, 24). Varios capítulos más adelante se insiste en esto mismo: «deseaban verse ya en [...] Cofachiqui, donde por las nuevas que habían tenido que en aquella provincia había mucho oro y plata, pensaban cargarse de grandes tesoros y volverse a España» (III, 2).

Por fin, tras pasar incontables penalidades, hambrunas y batallas, llegaron los expedicionarios a la anhelada provincia de Cofachiqui; mas la decepción fue inmensa, dado que el metal dorado a que se referían los indios resultó ser cobre y azófar (latón), de muy escaso valor. La frustración española se mitigó en parte con el hallazgo en los enterramientos de los indios nobles de grandes cantidades de perlas ensartadas en largos collares, pero para su desgracia estas perlas habían sido agujereadas al fuego y adquirido con ello una cierta negrura que desmerecía su valor: «Las perlas pierden mucho de su hermosura y buen lustre por sacarlas con fuego, que las para negras» (III, 17); y más adelante: «Por haber sido horadadas con agujas de cobre calentadas al fuego, habían cobrado algún tanto de humo y perdido mucha parte de la

fineza y resplandor que de suyo tenían» (III, 18)⁴⁵.

Repito que aunque el Inca no critica abiertamente estas cosas -no podía hacerlo a la altura de 1605-, sí lo hace de modo implícito, doliéndose de que el ánimo principal de los castellanos, antes que el de colonizar, cartografiar, evangelizar o poblar la tierra, fuese el de tomar todo el oro y plata posibles y regresar a España enriquecidos:

Es mucho de llorar que una tierra tan fértil y abundante de las cosas necesarias para la vida humana como estos españoles descubrieron, la dejasen de conquistar y poblar por no haber hallado en ella oro ni plata.

(IV, 16)

El ejército no llevaba instrumentos para tomar la altura, ni había quién lo procurase ni mirase en ello, porque con el disgusto que todos traían de no hallar oro ni plata, nada les sabía bien.

(Va, 3)

Su fin no era andar demarcando la tierra, aunque la andaban descubriendo, sino buscar oro y plata.

(VI, 9)

7.2. La evangelización

En lo que a este tema respecta, se puede llegar a una conclusión semejante, si bien ahora es más perceptible el lamento de nuestro mestizo. Antes se ha dicho que el cacique Mucozo fue un firme aliado de los españoles; así lo pinta el cronista, quien a continuación se queja de que nadie se preocupara de bautizarlo, pues en su opinión «pocas persuasiones fueran menester para sacarlo de su gentilidad y reducirlo a nuestra fe católica. Y fuera un galano principio para esperar que tal grano echara muchas espigas y hubiera mucha mies. Mas no es de culparles, porque estos cristianos habían determinado de predicar y administrar los sacramentos de nuestra ley de gracia después de haber conquistado y hecho asiento en la tierra, y esto les entretuvo para que no lo administraran desde luego» (IIb, 16). La situación volverá a repetirse con la cacica Cofachiqui, otra gran aliada de los españoles, quienes «no le convidaron con el bautismo porque, como ya se ha dicho, llevaban determinado de predicar la fe después de haber poblado y hecho asiento en aquella tierra, que andando como andaban de camino de unas provincias a otras sin parar, mal se podía

predicar» (III, 19)⁴⁶.

En otro momento se cuenta que los conquistadores se valieron de dos buenos indios como guías por el interior de La Florida, a quienes llamaban Marcos y Pedro, aunque no habían sido bautizados. Un día este último despertó dando gritos y con el cuerpo amoratado, atribuyéndolo a influencia diabólica; de aquí dedujo este indio «que los diablos habían miedo a los cristianos, por tanto él quería ser cristiano» (III, 5). Allí se congregaron los sacerdotes, clérigos y frailes que iban en el ejército español, y «habiendo oído al indio, lo bautizaron luego y se estuvieron con él toda aquella noche y el día siguiente confirmándolo en la fe» (III, 5)⁴⁷.

El ejército cristiano, durante su avance, se esforzó por mantener los ritos y mandamientos de su fe: se oficiaban las misas los domingos y fiestas de guardar (III, 32); se nutrían de pescado en cuaresma (Vb, 12); procuraban abstenerse de comer carne los viernes, sábados y vísperas de festivos, aunque ello no siempre fue posible⁴⁸; el domingo de Ramos del año 1543, a pesar de todas las penalidades, hicieron la correspondiente procesión «celebrando la entrada de nuestro Redentor en Hierusalén» (Vb, 12); etc. Muy sentida fue la pérdida de la batalla de Mauvila, con su voraz incendio, pues allí ardieron no sólo «los cálices, aras y ornamentos que para el culto divino llevaban» (III, 31), sino todo resto de pan de trigo y vino que portaban junto a sí como especies eucarísticas necesarias para la comunión, con lo que a partir de entonces tuvieron siempre misas secas, o lo que es lo mismo, misas sin consagración de las dos especies y sin la culminación eucarística (III, 32)⁴⁹.

Aunque no de modo regular, tras el paso por ciertos poblados indios sí que se erigieron algunas grandes cruces (IV, 6)⁵⁰, pero en líneas generales hay que afirmar que la expedición española no tenía entre sus prioridades la evangelización de La Florida. Este hecho le ha procurado agudas críticas al adelantado Hernando de Soto, provenientes sobre todo de Rodrigo Ranjel, de cuyo testimonio se hace eco Fernández de Oviedo⁵¹:

Aquello ni era poblar ni conquistar, sino alterar e asolar la tierra e quitar a todos los naturales la libertad, e no convertir ni hacer a ningún indio cristiano ni amigo [...]; las mujeres las querían también para se servir dellas e para sus sucios usos e lujuria, e que las hacían baptizar para sus carnalidades más que para enseñarles la fe.

(Historia general, p. 172)

Pusieron los cristianos, en un cerro, la cruz. Rescibiéronla y adoráronla con mucha devoción, y digo con mucha devoción porque venían los indios ciegos y cojos a pedir salud. La fe déstos decía Rodrigo Ranjel que era mayor que la de los conquistadores, si fueran doctrinados, e que hiciera más fructo en ellos que no les hicieron esos cristianos.

(Historia general, p. 178)

Menos incisivo es Fidalgo de Elvas, si bien ya anota que, al embarcarse los supervivientes río Mississippi abajo para abandonar La Florida, se desprendieron de muchos indios que habían tomado a su servicio, y «los más de ellos quedaban llorando, lo que ponía gran lástima, viendo que todos aquellos de buena voluntad fueron cristianos y quedaban perdidos» (Expedición, p. 146). El Inca Garcilaso fue sensible a todo esto y no deja de lamentarse más o menos a las claras de tamaño descuido en el propósito evangelizador, dato que se bastaba por sí solo para arruinar toda la empresa:

Por lo que hemos dicho del indio Pedro se podrá ver cuán fáciles sean estos indios y todos los del Nuevo Mundo a la conversión de la fe católica, y yo, como natural y testigo de vista de los del Perú, osaré afirmar que bastaba la predicación de este indio, sólo con lo que había visto, para que todos los de su provincia se convirtieran y pidieran el bautismo, como él lo hizo. Mas los nuestros, que llevaban intención de predicar el evangelio después de haber ganado y pacificado la tierra, no hicieron por entonces más de lo que se ha dicho.

(III, 5)

Como ya apuntara Miró Quesada, el Inca escribe su crónica una vez conjurado el peligro de un asentamiento hugonote-calvinista en La Florida (1564-1565), y no ha de interpretarse como algo casual que culmine el texto «no con un capítulo sobre Hernando de Soto, ni sobre su sucesor Luis de Moscoso de Alvarado, sino con el recuento de los mártires y las víctimas, seculares o religiosos, que había dejado precisamente la expedición de Pedro Menéndez de Avilés» (Miró Quesada 1955: 102), la cual fue la siguiente a la de Soto. Para el Inca, pues, las fallidas tentativas de conquistar La Florida suponen un continuum y un reto todavía abierto a la expansión del catolicismo en 1605, reto que había que asumir en aras de evitar que tan vasto territorio quedara habitado por infieles o, peor aún, cayese en manos heréticas.

Bibliografía

Bry, Theodore de, *America*, ed. G. Sievernich, trad. A. Kovacsics, Madrid, Siruela, 1995.

- Cubeñas Peluzzo, José Antonio, *Presencia española e hispánica en la Florida desde el descubrimiento hasta el bicentenario*, Madrid, Cultura Hispánica, 1978.
- De Mora, Carmen, «Introducción» a su edición de *La Florida*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 19-81.
- , «Historia y ficción en *La Florida del Inca Garcilaso*», en *El Inca Garcilaso entre Europa y América*, ed. A. Garrido Aranda, Córdoba, Caja Provincial de Ahorros, 1994, pp. 229-236.
- Durand, José, «La biblioteca del Inca», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 2, 1948, pp. 239-264.
- , «La memoria de Gonzalo Silvestre», *Caravelle*, 7, 1966, pp. 43-52.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*, ed. J. Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Atlas (BAE 117-121), 1959, 5 vols. (Lo relativo a Hernando de Soto y *La Florida*, tomado a partir de las informaciones de Rodrigo Ranjel, se halla en el vol. II, BAE 118, libro XVII, caps. 21-28, pp. 153-181).
- Fidalgo de Elvas, *Expedición de Hernando de Soto a Florida*, trad. de Miguel Muñoz de San Pedro del original portugués de la *Relación verdadera de los trabajos que el gobernador Don Fernando de Soto y ciertos hidalgos portugueses pasaron en el descubrimiento de la provincia de La Florida*, ahora nuevamente hecha por un hidalgo de Elvas, Madrid, Espasa-Calpe (Austral, 1099), 1965, 3.^a edición.
- Garcilaso de la Vega, Inca, *La Florida del Inca*, ed. Sylvia L. Hilton, Madrid, Historia 16, 1986. (Reedición en Madrid, Dastin, 2002).
- , *La Florida*, ed. Carmen de Mora, Madrid, Alianza, 1988.
- Garrido Aranda, Antonio, «Introducción» a su edición del volumen colectivo *El Inca Garcilaso entre Europa y América*, Córdoba, Caja Provincial de Ahorros, 1994, pp. 7-27.
- González de Barcia, Andrés [Gabriel Daza de Cárdenas], edición de *La Florida del Inca. Historia del adelantado Hernando de Soto, gobernador y capitán general del reino de la Florida y de otros heroicos caballeros*, Madrid, en la Oficina Real, a costa de Nicolás Rodríguez, 1723.
- Hernández de Biedma, Luis, *Relación del suceso de la jornada del capitán Soto y de la calidad de la tierra por donde anduvo* (conocida también como *Relación de la isla de La Florida*), Madrid, Real Academia de la Historia, fols. 223-238. (Es copia manuscrita hecha en Simancas en 1784, a partir de la *Relación* original presentada por el autor ante el Consejo de Indias en 1544. Se editó en Londres, *Colección de varios documentos*, I, 1857; y también en Madrid, *Colección de documentos inéditos [de] América y Oceanía*, t. III, 1865, pp. 414 y ss.; *Exploradores y conquistadores de Indias*, Madrid, 1964; ver asimismo el t. I de CODOIN. Hay traducción al inglés).
- Hilton, Sylvia L., «Introducción» a su edición de *La Florida del Inca*, Madrid, Historia 16, 1986, pp. 7-53.
- Las Casas, Bartolomé de, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, ed. A. Saint-Lu, Madrid, Cátedra, 1996.
- Marín, José del Carmen, «El arte militar en la obra del Inca: armas y caballos», en *Nuevos estudios sobre el Inca Garcilaso de la Vega. Actas del Symposium realizado en Lima del 17 al 28 de junio de 1955*, Lima, Banco de Crédito del Perú, 1955, pp. 189-227. (Un apretado resumen de

este trabajo, de apenas cinco párrafos, se halla en la Revista del Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú, 8, 1954-1955, pp. 179-180).

Miró Quesada, Aurelio, «Creación y elaboración de La Florida del Inca», en Nuevos estudios sobre el Inca Garcilaso de la Vega. Actas del Symposium realizado en Lima del 17 al 28 de junio de 1955, Lima, Banco de Crédito del Perú, 1955, pp. 87-122.

—, «La tercera dimensión del Inca Garcilaso», en El Inca Garcilaso entre Europa y América, ed. A. Garrido Aranda, Córdoba, Caja Provincial de Ahorros, 1994, pp. 237-256.

Moreno Báez, Enrique, «El providencialismo del Inca Garcilaso de la Vega», Estudios Americanos, 8, 1954, pp. 143-154.

Muñoz de San Pedro, Miguel, «Introducción», a su traducción de Fidalgo de Elvas, Expedición de Hernando de Soto a Florida, Madrid, Espasa-Calpe (Austral 1099), 1965, pp. 11-31.

Ranjel, Rodrigo, ver Fernández de Oviedo, Gonzalo, Historia general y natural de las Indias.

Sáinz Sastre, María Antonia, La Florida, siglo XVI: descubrimiento y conquista, Madrid, Mapfre, 1992, 2.^a edición.

Salas, Alberto Mario, Las armas de la conquista, Buenos Aires, Emecé, 1958. (Reeditado en Buenos Aires, Plus Ultra, 1986).

Swanton, John R., Indians of the Southeastern United States, Washington, United States Government Printing Office, 1946.

Valcárcel, Luis E., «Garcilaso el Inca visto desde el ángulo indio», Revista Histórica, 12, 1939, pp. 29-137.

Varner, John Grier, The Life and Times of Garcilaso de la Vega, Austin, University of Texas Press, 1968.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo